

LOS  
GUARDIANES  
DE LA  
HISTORIA

ELISABETTA CAMETTI



La nueva reina del thriller

 Planeta

ELISABETTA CAMETTI



LOS GUARDIANES  
DE LA HISTORIA

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

Título original:  *I guardiani della storia*

© 2013 by Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano  
[www.giunti.it](http://www.giunti.it)

© por la traducción, Claudia Conde, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14148-8

Depósito legal: B. 6.792-2015

Composición: Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«Cazadores... ¿Qué dios habrá concebido la mala idea de crearlos?»

Jethro Blake miró el reloj: marcaba las cinco y cuarto de la mañana. Aunque era domingo, llevaba más de una hora despierto y ya había repasado mentalmente todas las tareas que tendría que acometer a lo largo de la semana. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. A través de las persianas se filtraba la oscuridad de la noche, fustigada por un ruido nefasto de disparos en la lejanía.

«¿No tenéis nada mejor que hacer, aparte de remover el bosque para sacar de su cubil y perseguir a un pobre animal indefenso? ¿No hay nadie que desee vuestro cuerpo bajo las sábanas por la mañana? ¿Incluso durmiendo le daríais más sentido a vuestra jornada! ¡Maldición! ¿Qué instinto puede impulsar a un ser humano a empuñar un fusil y a apretar el gatillo, sólo por el gusto de disparar?»

Sin vestirse, salió de la habitación, recorrió el pasillo y llegó a la cocina. Abrió el armario sobre el fregadero y sacó la lata del café. Hundió una cuchara y relleno el depósito de la cafetera, que colocó sobre el fuego más pequeño de la cocina. Esperó.

En cuanto se empezó a oír el borboteo, Jethro retiró la cafetera del fuego y se dejó embriagar por el perfume intenso de la mezcla Ankola. Con la taza llena hasta el borde, se dirigió hacia la puerta acristalada que daba a la terraza. La abrió de par en par y salió. Fuera, el aire era límpido y el frío, punzante. Sintió que el hielo se apoderaba de sus pies descalzos, le azotaba la piel, corría por su sangre como un torrente y le atravesaba la espina dorsal, hasta hacer que su cuerpo temblara

y su alma vibrara. Contemplando el cielo ilimitado, dio un sorbo al café.

«Pasado mañana, a esta misma hora, le estrecharé la mano al primer ministro de Japón. Tendremos fondos para la investigación.»

Volvió a entrar en la casa y se metió bajo el agua hirviente de la ducha.

Media hora después, se montaba en su Wrangler Rubicon negro para salir por el camino de tierra, que desde la pequeña fortaleza medieval donde vivía conducía hasta la cima de la colina. Sentado a su lado, en el asiento del acompañante, iba *Jack*, su pitbull albino. Lo había encontrado cuatro años antes, entre bolsas de basura, al pie de un contenedor. Yacía ensangrentado, lleno de mordiscos y casi sin vida. Lo había cargado en el coche y se lo había llevado a casa. Tras ponerle un catéter, el veterinario se había apartado del pobre animal negando con la cabeza: «Los perdedores de las peleas de perros no se salvan nunca. Luchan hasta el final. Siento decírselo, pero no creo que llegue a mañana».

Jethro había pasado toda la noche a su lado. Le había desinfectado las heridas y no había dejado de acariciarle el hocico. Se había quedado dormido sujetándole una pata, arrodillado en el suelo, y al despertar, se había encontrado con la mirada del perro fija en sus ojos. Había decidido llamarlo *Jack*, nombre compuesto por las iniciales de su hermano Jeremiah, su madre Annabel, su padre Conrad y su hermana Kimberly. *Jack* había tardado tres meses en recuperar las fuerzas. Había perdido un ojo y la movilidad de la pata trasera izquierda. Pero estaba a salvo. Y lleno de ganas de vivir.

—¿No me dirás que has vuelto a dormirte?

Jethro tendió una mano y frotó con fuerza el cuello robusto del perro.

Las farolas iluminaban el suelo reseco y, cuanto más pisaba Jethro el acelerador, más saltaba el jeep entre los baches, levantando una densa polvareda. Al llegar a una bifurcación, giró a la derecha y se adentró en un sendero apenas visible entre la vegetación. Las ramas de los arbustos oscilaban sobre el camino y golpeaban las ventanas

del vehículo. El Wrangler siguió ascendiendo sin reducir la velocidad, hasta detenerse en un claro.

Jethro se apeó del jeep, seguido de su fiel amigo. Colocó un pie en la rueda delantera y se sentó en el capó, con la espalda apoyada en el parabrisas.

—Ya hemos llegado, *Jack*. ¿También tú sientes el nuevo día que está a punto de nacer?

Agazapado sobre la hierba húmeda de rocío, *Jack* aullaba a la luna, que desaparecía lentamente.

«Soy el hombre más rico del mundo», pensó Jethro, en el momento en que los primeros rayos de sol doraron el cielo.

Durante un instante intemporal, se quedó observando la naturaleza que cobraba vida a su alrededor. No había nada más tonificante para su espíritu.

Cuando el sol le inundó los ojos, se bajó del capó y extrajo un planeador del maletero. Lo depositó en el suelo y le montó las alas. Encendió el radiocontrol de catorce canales y, en cuanto se iluminó la pantalla, accionó el interruptor de arranque. Verificó uno a uno todos los mandos y puso en marcha el motor eléctrico. Con el planeador en la mano, caminó por el prado hasta llegar al punto de máximo desnivel. Extendió el brazo y lo lanzó.

Hizo que ganara altura. Apagó el motor y dejó que el aparato navegara por el aire.

En ese preciso instante, sintió vibrar el iPhone en el bolsillo de los vaqueros.

«¿Quién puede ser a esta hora?»

Sin dejarse distraer, siguió dirigiendo la aeronave en maniobras de viraje, prolongadas caídas en picado y amplísimos bucles. Al cabo de media hora, la hizo aterrizar.

Mientras volvía a su fortaleza, echó un vistazo al móvil. Había una sola llamada perdida.

«Bruce Aron. ¿Qué querrá?»

Rozó con los dedos la pantalla para devolver la llamada.

—Hola, Jethro.

—¡Bruce! Hace siglos que no sé nada de ti.

—Así es. Demasiado tiempo.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó Jethro, mientras se acomodaba el auricular en la oreja.

—Sobrevivo. ¿Y tú?

Jethro no pudo menos que imaginar a Bruce, vistiendo su traje azul de raya diplomática, sentado en un sillón de cuero negro, con el pie derecho apoyado sobre la rodilla izquierda, el puro en la boca, la cara regordeta y enrojecida, la papada metida en el cuello de la camisa y el botón a la altura de la barriga sometido a una tensión inverosímil.

—Bien —respondió.

—Espero no haberte molestado mientras estabas entrenando.

—No, tranquilo. Esta mañana me lo he tomado con calma.

—Pero todavía cultivas las artes marciales, ¿no?

—No tanto como antes y nunca al amanecer. Por las tardes, cuando no estoy de viaje y encuentro un voluntario con quien practicar, me mantengo en forma con un poco de jiu-jitsu. Pero, por desgracia, no hay tiempo para todo.

—¿Recuerdas cuando me derribaste de un solo movimiento?

—¿Cuántos años han pasado? —preguntó Jethro—. Fue cuando te propusiste adelgazar y decidiste hacer más actividad física. No eras tú.

—Por lo menos quince años... Nadie creía que con un golpe a mano abierta en plena cara fueras capaz de derribar a un hombre. ¿Cómo se llamaba aquella técnica de combate israelí?

—Krav magá.

—Eso mismo.

—¿Y tú todavía juegas al golf?

—Ahora ya no hago nada. Solamente muevo el brazo para llevar el tenedor del plato a la boca...

—¡Ya es algo! Lo importante es cambiar de mano en cada comida, para que el desarrollo de los músculos no sea asimétrico.

Bruce se echó a reír.

—Oye, bromas aparte, veo tu nombre a menudo en los periódicos. Tus inversiones financieras siguen dando que hablar.

—Sólo porque los periodistas tienen que ganarse la vida. No hay como hablar de especulación para idear una noticia. Es una pena que ninguno de ellos tenga interés en profundizar. Para ellos, no hay más que un aumento de la riqueza personal; para mí, representa creación de nuevos puestos de trabajo y estímulo al desarrollo económico. Pero son conceptos demasiado elevados para los periódicos. La creación de valor no interesa a nadie como noticia.

—Las finanzas son como la política. Todos hablan, pero pocos saben de verdad lo que están diciendo.

—Es el resultado de este mundo de redes sociales en el que vivimos. Pero no creo que me hayas llamado para debatir sobre la evolución de la especie, ¿o me equivoco?

—No, aunque sería interesante discutir contigo al respecto. Y a propósito de evolución, ¿cómo van tus experimentos?

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que los «experimentos», como tú los llamas, no son un pasatiempo para mí, sino el núcleo principal de mis reflexiones?

—A la ciencia todavía le falta mucho para hacer realidad tus sueños, Jethro.

—Ayer, con un impulso neuronal, un chico de trece años logró mover la prótesis del brazo para tocarle la mano a su madre —dijo Jethro conmovido.

—¿De verdad?

—Sí, en uno de nuestros laboratorios en Asia. Y es sólo el principio; los resultados que pueden obtenerse con extremidades robóticas conectadas al cerebro y controladas mediante señales nerviosas son extraordinarios. Mediante sistemas artificiales podremos activar las extremidades humanas paralizadas o reemplazarlas por miembros en perfecto funcionamiento. Nos centramos en el ámbito de la biorrobótica pura, Bruce, la ciencia que ofrecerá una nueva oportunidad a todos los que hayan sufrido amputaciones o padecan parálisis.



—¡Tengo que llamarte más a menudo! ¡Se me había olvidado tu entusiasmo, y oírte me recarga de energía!

—Entonces te diré algo más: estamos sentando las bases de una auténtica revolución del conocimiento. Son pequeños pasos que algún día regalarán una sonrisa a muchas personas. Y no me refiero solamente a los que han perdido el uso de las piernas o los brazos. Estamos probando implantes neuronales en el interior del cerebro, para devolver el habla a los que ya no pueden expresarse por culpa de un accidente grave o de una enfermedad.

—¡Increíble! ¿Cómo funciona?

—Intentaré explicártelo simplificando al máximo los conceptos, y así te harás una idea.

Jethro bajó las lunas de las dos ventanas, para que entrara el aire fresco, y *Jack* asomó el hocico fuera del *Wrangler*.

—Te escucho...

—Un aparato semejante a un electrodo se inserta por debajo del cráneo, cerca del área de la corteza cerebral que gobierna el lenguaje. El electrodo capta los impulsos del cerebro y, gracias a un microordenador y a un programa de síntesis de voz, transforma los pensamientos del sujeto en palabras.

—¡No me lo puedo creer! Y ¿por qué no se ha hecho pública todavía esa información?

—Los medios ya están hablando de ello, pero hay demasiados intereses en juego y mucho miedo generado por las posibilidades del descubrimiento. Como siempre, todo tiene un precio, y existen pros y contras. Pero no me dejo intimidar y sigo luchando para mejorar la vida de las generaciones futuras. Es el objetivo que me he fijado. Les da sentido a mis días y me hace sentir bien.

—Siempre has sido un visionario. Y yo siempre te he envidiado por eso. Desde el momento en que te conocí, admiré tu capacidad para creer en las misiones imposibles.

—¡No mientas! —lo interrumpió Jethro—. Tú me considerabas un ingenuo... Lo recuerdo perfectamente.

—Al principio me costó catalogarte, es cierto. Aunque te graduas-

te con todos los honores en la London School of Economics, no apreciaba suficientemente tu mentalidad matemática y no te consideraba capacitado para el cálculo. Quizá fuera por tu vocación humanística o por tu naturaleza incorruptible. De hecho, nunca pensé que pudieras tener éxito en el mundo de las finanzas.

—Ya lo sé.

—Estaba equivocado. Al final, tu estrategia ha resultado ganadora. Has comprado participaciones en las principales multinacionales, has invertido en empresas que todos daban por acabadas y has logrado reflotarlas. ¿Cuánto valen ahora? ¿Cien, ciento cincuenta, mil veces más que antes? —Bruce suspiró—. Lamento mucho que tu imagen sea la de un lobo de las finanzas y no la de un emprendedor que utiliza la especulación para garantizar un futuro a la investigación. No has cambiado. Eres el mismo de siempre, íntegro, sincero y honesto, el amigo por el que cada día doy gracias al cielo y del que jamás podría prescindir. Tienes un alma noble y eres la mejor persona que conozco. Siento que eres el único en quien realmente puedo confiar.

—¡Vamos, Bruce! No es propio de ti hacer cumplidos.

—Te admiro. Has conseguido darle un sentido a la vida. Yo ya no soy capaz.

La voz que resonaba en el auricular de Jethro era sombría.

—Porque no quieres mirar al futuro, Bruce.

—Tu hermano perdió las piernas en aquel accidente. Mi hijo murió.

Jethro no respondió. Habían pasado tres años, pero en la mente de Bruce el recuerdo seguía tan vivo como si la tragedia acabara de producirse.

—Perdóname —dijo Bruce—. No quiero parecer una plañidera y menos aún contigo. Te llamaba por otro asunto.

—Dime.

—Necesito que me hagas un favor.

—Si está en mi mano...

—Katherine Sinclair, mi brazo derecho en 9Sense y directora general del grupo. Para compensar la crisis editorial, ha empezado a

crear contenidos para niños: mundos fantásticos desarrollados mediante la producción de dibujos animados y juguetes.

—¡Brillante!

—Es una mujer de gran talento, con ideas a menudo geniales. Ha hecho un trabajo excelente. En pocos meses puso en marcha un equipo de creativos, y en un par de años ha generado unos ingresos que no veíamos desde hacía mucho tiempo.

—Supongo que le habrás hecho un monumento...

—Hay un problema. Tengo miedo de que la nueva actividad distraiga a Katherine del negocio principal. Y no puedo permitírmelo. Es preciso que ella siga concentrada en los libros y en las revistas.

—Y deduzco que esa parte del negocio está dando signos de declive...

—Efectivamente, pero es la actividad por la que todos nos conocen. La editorial 9Sense es un coloso. Si sumamos la facturación en varios países, podemos afirmar que la nuestra es la editorial con mayor cuota de mercado del mundo. Somos la referencia absoluta en el ámbito de la edición tradicional. Y todo eso, para nosotros, es motivo de orgullo. No podemos arriesgarnos a manchar nuestra imagen.

—Lo entiendo.

«No, no lo entiendo. El fruto del ingenio no mancha la imagen sino que la fortalece.»

—Los proyectos de Katherine son formidables y llevan en el ADN la posibilidad de generar grandes beneficios. Después de ver los primeros resultados, sería un crimen abandonar esa vía. Pero preferiría seguir organizándolo todo desde fuera. He llamado a Tomas McKey, de Xavier Incorporated... Ya sabes quién es... Le he propuesto que produzca la serie de dibujos animados de la última creación de Katherine y que se ocupe también de gestionar el programa de licencias. Pero hacen falta millones de libras y él no tiene suficiente capacidad financiera.

—¿No puedes intervenir tú? Si no quieres someter la inversión a la deliberación del consejo, tú mismo podrías financiar personalmente la iniciativa.

—No quiero que aparezca mi nombre. ¿Con qué cara voy a pedir-

le a Katherine que se concentre en los libros, las revistas y el negocio tradicional, si al mismo tiempo invierto una fortuna en el desarrollo de dibujos animados? No, no funcionaría.

—¿Y entonces?

—Necesito una tapadera: alguien que invierta mi dinero como si fuera suyo.

—Y has pensado en mí...

—¿No te gusta la idea?

Había inquietud en la voz de Bruce.

—No, no es eso. Hay una sola cosa que no me gusta.

—¿Qué es?

—¿Por qué has pensado precisamente en Tomas?

—Tiene experiencia en la realización de dibujos animados. Xavier Incorporated es una de las productoras de televisión de mayor prestigio en el mercado.

—¡Sí, pero Tomas es un ladrón! —sentenció Jethro, que no tenía pelos en la lengua.

—Eso no es más que un detalle. De momento, lo importante es tener garantías de que la animación será de primerísima calidad. Si los dibujos animados están bien hechos, los niños los ven, se entusiasman y no dejan de darles el coñazo a sus padres hasta que les compran todo lo que encuentran en las tiendas relacionado con los personajes: juguetes, mochilas, libretas, peluches...

—Así será, pero si yo estuviera en tu lugar y confiara tanto como tú en el proyecto, no querría tener nada que ver con Tomas. No querría verlo ni en pintura.

—Tú nunca lo has soportado, ¿verdad?

—Nunca.

—Pero ¿estás dispuesto a echarme una mano de todas formas?

—Sí, claro. Pero antes explícame una cosa.

—Lo que quieras.

—¿Por qué no hablas con Katherine? Si es tan capaz como dices, entenderá tu punto de vista. De ese modo te evitarías complicaciones inútiles.

—No puedo hablar con ella.

«Una respuesta seca y cortante. No tiene ninguna intención de entrar en detalles. Tendrá sus motivos.»

—Tú sabrás lo que haces, Bruce. Pero creo que si no le expones tus reflexiones a esa mujer, corres el riesgo de que se enfade contigo, y mucho.